

me refiero, ó á lo ménos en este *Sumario*. Servirá tambien esta mi diligencia para despertar los ingenios de los que tienen experiencia de este oficio, para que añadan á esta escritura lo que la experiencia y el Espíritu santo les hubiere enseñado, que es el verdadero maestro de esta doctrina.

---



---

## CAPÍTULO PRIMERO.

*En que se explica el intento y propósito de este tratado.*

Porque en las Indias orientales hay algunos reyes gentiles que desean abrazar nuestra santa Fe y Religion, par ecióme proponer aquí alguna forma como esto se pueda mas cómodamente hacer. De lo cual san Agustin en el cuarto tomo de sus obras hizo un tratado (1), de donde podrán tomar los padres que en este piadoso oficio entienden, lo que mejor les pareciere. Y porque los gentiles ántes de su conversion no dan crédito á las santas Escrituras, sino á la razon, (que es una lumbre natural que Dios infundió en nuestros entendimientos (2), la cual á ningun hombre falta) por esta via deben á los principios proceder, por mas fácil. Para lo cual les podrá servir nuestro *Sumario del Símbolo de la Fe*, que por la mayor parte procede por esta via, declarando y confirmando los principales misterios de nuestra Fe por la conveniencia que la razon humana tiene con ellos. Aunque mucho mas podrán servir para esto algunos capítulos del libro cuyo es este *Sumario*, los cuales apuntaremos aquí en sus lugares. Para lo cual conviene que el que tiene este oficio á cargo, esté resuelto en esta doctrina, para que tome de ella lo que mas hiciere á su propósito.

Mas ante todas las cosas debe él poner ante los ojos el fruto y merecimiento de esta obra; la cual es tan grande, que con ningun género de palabras se puede explicar, pues nos consta que, como dice san Gregorio (3), no hay sacrificio mas acepto á Dios que la conversion de las ánimas; quanto mas siguiéndose de aquí la dilatacion de la Fe, de la cual se sigue la salvacion de otras muchas ánimas.

Y sepa cierto que al que en esto entiende, no han de faltar grandes contradicciones y persecuciones, porque en ninguna cosa se aprovecha el demonio mas de sus fuerzas y artes que en esta, viendo que le quieren privar de su reino y silla, que tiene tiranizada de muchos años. Mas confie en el Señor, cu-

(1) *Lib. de cathechi. rudib.*

(2) *Psalm. 4 et D. Thom. sup. ipsum.*

(3) *In 1. Reg. 14.*

ya es esta obra, y pida con gemidos y oraciones entrañables su ayuda; y sepa cierto que haciéndolo así, no le faltará el favor de aquel Señor que á pesar de los monarcas del mundo y de los mismos demonios y poderes infernales, fundó su Iglesia, y destruyó la idolatría. No falte perseverancia y confianza, porque nunca faltará la proteccion divina. Porque pues él desea que *todos los hombres se salven* (1) y *vengan al conocimiento de la verdad*, y él mismo dice que tiene otras ovejas que no son de su manada, y que á él conviene traerlas á ella, *para que así venga á hacerse un corral y un pastor* (2); no negará su favor y ayuda para la obra que él tiene determinada.

Mas así como esta obra es de grande utilidad, así no es de menor dificultad. Porque persuadir á los infieles el misterio de la santísima Trinidad, y de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, y del santísimo Sacramento del altar, ya se ve cuánta dificultad hay en este negocio, y cuánta necesidad tiene del socorro de las oraciones continuas quien entiende en él. Por donde los que por esta via se convierten á la Fe, mas se pueden llamar hijos de lágrimas y de oraciones, que de palabras y sermones, como lo fué san Agustin de las lágrimas de santa Mónica su madre (3).

Y por razon de la dificultad que estos misterios tienen, no conviene luego proponerlos, hasta que el hombre esté mas asentado y fundado en lo que pertenece á la doctrina moral. Y porque algunos de los señores gentiles quieren que se les proponga la suma de la Fe en pocas palabras, y otros quieren ser enseñados en toda nuestra doctrina; lo uno y lo otro propondremos aquí, quanto por el Señor nos fuere concedido. Pues habiendo de proponer la suma de nuestra Fe en breve, se podrá usar del principio siguiente.

## CAPÍTULO II.

*Cómo se podrá proponer la suma de nuestra Fe en pocas palabras.*

El principal cuidado que debe tener todo hombre de entendimiento y razon, ha de ser de conocer á Dios su criador, y saber de la manera que lo ha de servir y honrar; á lo cual nos

(1) 1. Tim. 2. (2) Joan. 10. (3) Aug. lib. 3. Conf. cap. 12.

inclina la misma naturaleza. Porque así como ella imprimió en los corazones de los hijos un natural amor y reverencia para con sus padres, así tambien imprimió en el de todos los hombres una reverencia y amor para con Dios, que es padre de los padres, y señor y gobernador universal de todo este mundo, y dador de todos los bienes con que se sustenta nuestra vida. Y de aquí es que por maravilla se hallará en el mundo nacion tan bárbara y tan fiera, que aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, y cómo haya de ser honrado, no tenga alguna noticia de él, y no le honre con alguna ceremonia, aunque yerre en lo uno y en lo otro.

Pues como sea cosa tan natural y tan debida servir, amar y honrar á Dios, es necesario saber de la manera que él quiere ser legítimamente honrado y venerado. Porque hay muchas sectas en el mundo con que los hombres ignorantes pretenden honrar á Dios, de las cuales unas son supersticiosas, otras vanas, otras deshonestas, otras crueles y sangrientas, en que se derrama sangre humana; las cuales todas son indignas de la majestad y bondad de Dios, pues á él ninguna cosa agrada sino la virtud y santidad, y ninguna desagrada sino el pecado y la maldad.

Pues segun esto el principio y fundamento de la Religion cristiana, dejados por ahora los otros misterios á parte, consiste en tres cosas principales. Entre las cuales la primera y mas principal es confesar que como hay un solo mundo, así hay un solo Dios, que lo crió y lo gobierna con su providencia. Asimismo conviene confesar que Dios es una cosa tan grande y tan perfecta, que ni hay en el mundo otra mayor, ni se puede imaginar otra mayor; y que en él están todas las perfecciones y grandezas que el entendimiento humano puede comprender, con otras infinitas que no alcanza. Y así confesamos que en él hay sabiduría infinita, poder infinito, bondad infinita, hermosura infinita, justicia y santidad infinita, y riquezas y grandezas infinitas; y entre estas perfecciones suyas, de la que él mas se precia, y por la cual quiere ser mas alabado y glorificado, es la bondad y santidad. Y así aquellos espíritus soberanos que en el cielo asisten delante de él, perpetuamente lo están alabando, diciendo (1): *Santo, Santo, Santo es el Se-*

(1) Isai. 6.

*ñor Dios de los ejércitos : llenos están los cielos y la tierra de su gloria*, que es de las obras maravillosas de su sabiduría. Y como él tanto se precia de la bondad y santidad, de aquí nace ser sumamente amigo de los buenos, y sumamente enemigo y aborrecedor de los malos, en cuanto malos. Esta es pues la primera parte de la verdadera religion con que Dios ha de ser venerado ; que es sentir alta y magníficamente de sus grandezas, confesando que en él están todas las perfecciones en sumo grado de perfeccion y sin alguna imperfeccion.

Despues de esto la segunda cosa que él nos pide, es que vivamos conforme á la lumbré natural de la razon, que él infundió en nuestros corazones. Porque esta sin maestro alguno nos declara cuál es lo bueno, y cuál lo malo, y nos dice que debemos seguir lo uno, y aborrecer lo otro. Porque como Dios imprimió un instinto natural en la oveja y en cualquier otro animal, con el cual conoce cuál es la yerba buena, y cuál la mala y ponzoñosa, y la inclina á comer de la una y dejar la otra ; así él mismo infundió esta lumbré en nuestros corazones, que nos declara cuál sea lo bueno, y cuál lo malo y ponzoñoso, y nos mueve á procurar lo uno y huir lo otro.

Pues esta lumbré nos enseña que habemos de amar á Dios sobre todas las cosas, y á los otros hombres como á nosotros mismos. Y conforme á esto nos dice, que lo que queremos para nosotros, queramos para ellos, y lo que no queremos para nosotros, no lo queramos para ellos. Esta misma lumbré natural nos declara cuáles sean las obras malas y ponzoñosas que matan nuestras ánimas, las cuáles son, hurtar, adulterar, infamar, injuriar, matar, mentir, engañar, jurar el nombre de Dios en vano, y, lo que es peor, blasfemar. Asimismo nos enseña cuáles sean las buenas y saludables obras que dan vida á las mismas ánimas ; como son honrar á Dios, y honrar tambien despues de Dios á sus ministros y sacerdotes, y á nuestros padres, y á nuestros príncipes y señores, y á nuestros bienhechores, y socorrer y hacer el bien que pudiéremos, á los pobres y necesitados.

Todo esto nos enseña la ley natural, que es la lumbré que el Criador infundió en nuestros corazones, para enseñarnos á bien vivir, y para que nadie, si fuese malo, pudiese alegar ignorancia, pues dentro de sí tiene el maestro que todo esto le declara. Y aunque sean muchas las cosas que Dios, mediante

esta lumbré, nos manda ; pero todas ellas se resumen en dos mandamientos, que son *amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros prójimos como á nosotros mismos*.

A estas dos cosas susodichas, en que consiste la suma de la Religion cristiana se añade otra, que sirve para la guarda de estas, la cual es creer que Dios tiene cuenta con las vidas y obras de los hombres, para dar á cada uno segun su merecido ; á los malos castigo y pena, y á los buenos gloria perdurable. Porque como él sea sumamente bueno y santo, y esta sea, segun dijimos, la perfeccion de que él mas se precia, síguese que él ha de ser sumamente amigo de los buenos, y sumamente enemigo de los malos ; y así dará á cada uno su pago conforme á la vida que hubiere vivido : de lo cual se trata en el capítulo que se sigue.

Y de aquí se infiere la inmortalidad de las ánimas, para que en ellas se ejecuten las leyes de la divina justicia, porque de otra manera no se podrian salvar. Esta doctrina pertenece á la divina Providencia, que tiene cuenta con los buenos y con los malos : de la cual se trata copiosamente en la primera parte de nuestra *Introduccion del Símbolo*, en el capítulo treinta y seis, de donde podrá el maestro tomar lo que le pareciere necesario.

Mas volviendo al propósito, qué tan grande sea la gloria que en la otra vida se dará á los buenos, no hay entendimiento humano que lo pueda comprender. Porque si en este mundo, donde tantas ofensas se hacen á Dios, crió él cosas tan hermosas y tan vistosas, como es la verdura de los campos, la frescura de las arboledas, la hermosura de las flores y de las aves, de las fuentes, del oro, de la plata, de las piedras preciosas, y sobre todo la hermosura de los cielos, del sol, de la luna, y de tan grande número de resplandecientes estrellas ; ¿ qué tendrá allá de esotra banda del cielo donde él mora, para gloria de sus escogidos ? Pues si la divina magnificencia tales cosas da aun á los viciosos, ¿ cuáles tendrá guardadas para los virtuosos ? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿ cuánto mayores dará á quien los hubiere merecido ? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿ cuánto mas será en pagar los servicios ? No se puede comprender la gloria que dará á los agradecidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Mas la grandeza del castigo y pena que él tiene aparejada para los malos, que son los quebrantadores de esta ley natural que está dicha, tampoco se puede explicar con palabras. Porque como Dios sea sumamente bueno, como tiene sumo amor á los buenos, así tiene sumo aborrecimiento á los perversos y malos. Por donde; como es incomprendible la gloria que tiene aparejada para los unos, así lo es tambien la pena que tiene deputada para los otros. Lo uno y lo otro declara san Agustin por estas palabras (1): *Como ningún gozo de esta vida puede igualarse con el gozo de los buenos en la gloria, así ninguna pena hay tan grande en este mundo, que iguale con la que los malos padecen en el infierno.* Porque en este malaventurado lugar hay fuego abrasador, frio intolerable, tinieblas palpables, hedor insoportable, gusano inmortal, blasfemias rabiosas, perpetuas maldiciones, vision de dragones y serpientes, y desesperacion de todos los bienes: y sobre todo esto hay allí muerte sin muerte, dolor sin remision, arrepentimiento sin fruto y penitencia sin esperanza de perdon.

§ ÚNICO.

*Doctrina de la resurreccion universal.*

Si sobre lo dicho quisiere el maestro tratar de la resurreccion de los cuerpos, y del dia del juicio, puédelo continuar, diciendo así:

Demas de lo dicho confiesa la Fe y Religión cristiana la resurreccion general de todos los cuerpos; porque quiere aquel justísimo Juez que así como los buenos con cuerpos y ánimas trabajaron en el servicio de su Criador, así en ambos sean galardonados; y como los malos tambien con ambas cosas le ofendieron, en ambas sean penitenciados, porque tenga el cuerpo su parte en la pena, pues la tuvo en la culpa: ántes él por la mayor parte fué la causa de ella. Ni se puede decir que esto sea imposible á Dios, porque el que de un poco de sangre de una mujer formó nuestro cuerpo en las entrañas de la madre, con todos los miembros, y sentidos y órganos que tiene, tambien lo podrá volver á renovar del polvo y ceniza en que se resolvió, cuando quisiere; y el que de una pepita de

(1) *Serm. 181. de temp. In App. ver. 59 cap. 18. tom. 10. et alibi sæpè.*

un naranjo crió un árbol, y de un piñoncillo un pino tan grande, y finalmente quien de nada crió este tan grande mundo, mucho mas podrá de la tierra, en que el cuerpo muerto se convirtió, volver á rehacerlo.

Pues el dia señalado en que todos estos cuerpos han de resucitar, es el postrero del mundo, en el cual han de ser juzgados y sentenciados todos los hombres conforme á sus obras. Mas ántes de este dia precederán grandes y espantosas señales que denuncien el fin del mundo; porque así como cuando el hombre, que se llama mundo menor, está para morir, comienzan á desfallecer y dar señal de la muerte vecina todos los miembros del cuerpo, levántase el pecho, acórtase el anhélito, hiélanse las piernas, enronquécese la voz, afílanse las narices, escurécense los ojos, demúdase la color del rostro, y todos los otros miembros comienzan á sentir su fin; así cuando el mundo mayor, que es este en que vivimos, despues de cumplido el número de los escogidos que han de poblar el cielo, se haya de acabar, han de preceder señales y alteraciones grandes en todas las principales partes de él, esto es, en el cielo, en la tierra, en la mar, en el aire, y en los mismos hombres que son la principal parte de él. Entónces el sol se cubrirá de tinieblas, y la luna se teñirá de sangre, y las estrellas parecerá que caen del cielo, y el aire estará lleno de truenos y relámpagos temerosos, la mar dará horribles bramidos, que sonará de muy léjos, y levantará sus olas tan alto, que parecerá haber de cubrir la tierra. Con las cuales cosas los hombres andarán como alienados y fuera de sí, transidos y descoloridos por los grandes temores que de estos pronósticos concebirán; y ántes de esto arderá el mundo con disensiones y guerras, y habrá grandes temblores de tierra, y pestilencias, y hambres, y otras señales espantosas del cielo.

Estando pues el mundo en este estado, enviará el juez soberano un arcángel, el cual con el sonido de una grande trompeta llamará á todos los hombres, vivos y muertos, para que vengan á juicio. Y á este terrible sonido, por virtud de aquel omnipotente Señor que de nada crió este tan grande mundo, resucitarán todos los hombres que son, fueron y serán, y todos se juntarán en el lugar que para esto la divina justicia señalará; donde estarán todos desnudos é iguales, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los igno-

rantes ; y los reyes potentísimos se hallarán allí tan solos, cuanto aquí estuvieron acompañados, y tan humildes, cuanto aquí estuvieron ensalzados, y tan pobres, cuanto aquí estuvieron ricos y poderosos : todos ellos estarán allí temblando, y esperando la suerte que les ha de caber. Entónces descenderá del cielo el Hijo de Dios con gran poder y majestad, acompañado de todos aquellos espíritus soberanos, para juzgar el mundo, y dar á cada uno su merecido segun la vida que vivió.

Lo cual todo por virtud de Dios se hará en muy breve espacio ; y á los buenos dirá (1) : *Venid, benditos de mi Padre, etc.* Y por el contrario á los malos : *Id, malditos, al fuego eterno,* donde para siempre arderán en vivas llamas, despedidos de la compañía de Dios y de todos sus escogidos ; donde desearán la muerte, y la muerte huirá de ellos : y su oficio perpetuo será maldecir y blasfemar del cielo y de la tierra, y de los padres que los engendraron, y de la vida que vivieron, y de cuanto en este mundo mal gozaron.

Esta materia bien tratada sirve grandemente para atemorizar los corazones de los hombres, porque tratándola el Apóstol ante el presidente Félix (2), el cual, como gentil, no daba crédito á los misterios de nuestra Fe, con todo eso dice la Escritura, que se estremeció todo por temor de lo que habia oído al Apóstol de esta materia. Y este temor dispone mucho los corazones para recibir la Fe ; que es el principio para librarse de este tan grande mal.

Esta pues parece que será la manera que se podrá tener, para declarar la suma de nuestra Religion á los que quieren saberla.

### CAPÍTULO III.

*De la manera en que se deben proponer en particular los misterios de nuestra Fe á los que pretendemos catequizar, que es introducirlos en el conocimiento de ella.*

En el capítulo pasado dijimos cómo se debe aparejar el buen maestro, cuando pretende atraer á los que han sido infieles al conocimiento de los misterios de nuestra Fe. Ahora diremos cómo

(1) *Matth.* 25. (2) *Act.* 24.

mo se debe aparejar el que la quiere recibir. Y primero debe ser preguntado, qué es lo que le mueve á ser cristiano ; y si entendiere que es algun interese y provecho humano, débelo desengañar, y decirle que no entra por la puerta que debe para recibir la fe ; porque si á este le mueven respetos ó temores, ó intereses humanos, cuando esos le faltaren, tan fácilmente desechará la Fe, como la recibió. Procure pues el maestro de rectificarle su intencion, diciéndole que su intento sea servir y glorificar á Dios, su criador y señor, y salvar su ánima, y librarla de las penas que han de padecer todos los malos.

Y porque el negocio de su salvacion es el mayor de cuantos negocios hay en el mundo, conviene que se disponga para recibirlo con grande humildad, porque Dios es amigo de los humildes, y enemigo de los soberbios que confian en sí mismos y en sus ingenios (1). Por tanto se debe humillar ante aquella soberana majestad, y entender que de él le ha de venir la luz y el conocimiento de esta tan importante verdad. Porque así como todos los bienes y frutos de la tierra proceden del movimiento de los cielos, así entienda que todos los bienes espirituales del ánima tambien nos vienen de allá. Porque como sea mayor cosa el buen ser que el ser, si este ser natural y corporal nos viene de lo alto, mucho mas ha de venir de ese lugar lo que pertenece al buen ser, que consiste en el conocimiento y amor de nuestro Criador. Y por esto debe el hombre, como está dicho, humillarse y pedirle esta luz, con que alcance el conocimiento de esta verdad.

Requírese tambien de su parte que al principio esté dócil, y crea lo que se le dijere, porque, como dicen los filósofos, conviene que el que comienza á aprender, crea al maestro que le enseña ; aunque por entónces no le dé la razon de las cosas, porque despues, cuando mas entrare en la ciencia, entenderá la razon de ellas, por la dependencia que tienen unas de otras.

Tambien es necesario que no quiera saber luego toda la doctrina de la Fe junta, porque en ella hay muchas cosas que saber ; y si él lo quisiere abarcar todo de una vez, confundirse há con la muchedumbre de ellas. Y por tanto debe ir poco á poco procediendo á este conocimiento, porque ellas tienen tal

(1) *Prov.* 3. *Jacob.* 4.

dependencia y consecuencia entre sí, que las unas van dando luz á las otras. Y porque en esta doctrina hay unas cosas mas claras, y otras ménos claras, comenzaremos por las mas claras y fáciles, y despues procederemos á las demas.

#### CAPÍTULO IV.

*Como en este mundo hay un solo Dios y señor, y que es imposible haber muchos dioses; y como es necesario que haya alguna verdadera religion con que él sea servido y honrado.*

Presupuestos los avisos susodichos, comenzará el maestro á doctrinar su catecúmeno, siguiendo, si le pareciere, la órden de la partes de nuestro *Sumario*, y tomando de él lo que mas hiciere á su propósito, como aquí le iremos apuntando; y primeramente le propondrá las tres sentencias y verdades siguientes.

La primera, que en este mundo hay un soberano rey y señor, que es Dios; el cual es la cosa mas alta, y mas perfecta de cuantas el entendimiento humano puede comprender, como en el capítulo precedente declarámos. Para prueba de esto sirven las demostraciones que al principio del primer tratado de nuestro *Sumario* pusimos, de las cuales escogerá el maestro las que le parecieren mas acomodadas á la capacidad de su discípulo.

Y puesto caso que no se vea este soberano Señor con ojos corporales, no por eso deja él de ser el que es. Porque no hay cosa mas cierta que tener nosotros ánima en nuestros cuerpos, pues por ella vivimos, y nos movemos, y sentimos, y sin ella todo esto falta; y con saber cierto que la tenemos, no por eso la vemos, por ser ella sustancia espiritual é invisible, como es el mismo Dios, á cuya imágen fué ella criada; mas conocémosla por sus efectos, como conocemos que en este mundo hay un supremo gobernador, por los efectos que vemos en él, tan acomodados á la conservacion y sustentacion de nuestra vida, aunque no lo veamos.

Lo segundo, conviene presuponer que este soberano Señor tiene providencia de todas las cosas criadas, para conservarlas en sus naturalezas y encaminarlas á sus fines, y á todo lo que

conviene para su conservacion. Porque primeramente él tiene providencia de todos los brutos animales, dándoles todas las habilidades y inclinaciones que sirven para su conservacion, esto es, para buscar su mantenimiento, y para defenderse de los peligros, y para la cura de sus enfermedades, y para la criacion de sus hijuelos, como mas largamente está declarado en el primer tratado de este *Sumario*.

La segunda verdad es, que este soberano Señor tiene especial providencia de las cosas humanas. Porque primeramente á tiene de nuestros cuerpos, para los cuales singularmente crió muchas cosas que no sirven para los otros animales, sino para solo el provecho y recreacion del hombre, como mas largamente queda declarado en el primer tratado de este mismo *Sumario*, que trata de la divina Providencia. De donde se infiere que si tiene providencia de los cuerpos, mucho mas la tendrá de las ánimas. Porque como sea verdad que los cuerpos se criaron para servicio de las ánimas, si la tiene de los cuerpos, que son semejantes á las bestias, ¿cómo no la tendrá de las ánimas, que son hechas á su imágen y semejanza? Y si es verdad que el cuerpo es el esclavo, y el ánima la señora, ¿cómo ha de tener mas cuidado del esclavo que de su señora?

Y si contra esto se alegaren los desconciertos y desórdenes de la vida humana; á esto se responde que es diferente la providencia que Dios tiene de los brutos, de la que tiene de los hombres. Porque la de los brutos es siempre de una manera, porque como ellos no tienen libre albedrío, no hay en ellos bien ni mal moral, para ser merecedores de castigo ó de galardón. Mas en el hombre es lo contrario, porque como tiene este albedrío, puede usar bien y mal de él, ó guardando las leyes y mandamientos divinos, ó quebrantándolos. Y por tanto la providencia que tiene de los hombres, es conforme al mérito ó demérito de ellos, galardonando los buenos y castigando los malos, á veces en este mundo, y despues en el otro, conforme á las leyes de su justicia.

Porque cóstanos que lo que es un rey en su reino, es Dios en este gran reino del mundo que él crió. Por donde si el buen rey guarda justicia en su reino, castigando los malos, y honrando los buenos, porque de otra manera seria tirano, ¿cuánto mas aquel rey soberano, que es sumamente justo y perfecto en todas sus obras, guardará justicia en este su grande reino,

galardonando los fieles y obedientes siervos, y castigando los rebeldes y desobedientes? Y porque esto no se hace siempre en esta vida, pues vemos muchos buenos perseguidos y maltratados, y muchos malos por el contrario ricos y prosperados, sígnese necesariamente que lo que no se hace en esta vida, se ha de hacer en la otra, para que así tenga lugar la divina justicia. Y por esta razón alcanzaron algunos filósofos gentiles, como fué Plutarco, que nuestras ánimas eran inmortales, para que despues de salidas del cuerpo se ejecutasen en ellas las leyes de la divina justicia. Por lo cual dice este filósofo, que la divina Providencia y la inmortalidad de las ánimas andan juntas, y se concluye la una de la otra. Esta es pues la mayor consolacion y esfuerzo para bien obrar que tienen los buenos, saber que está su galardón cierto y seguro en Dios; y este es el mayor azote y tormento que padecen los malos, entender que hay Dios, que es justísimo juez, el cual ha de castigar sus torpezas, y tiranías, y maldades. Y por esto no querrian ellos, cuanto es de su parte, que hubiese Dios que los castigase; por pecar mas á su salvo y con ménos remordimiento de su conciencia.

§. ÚNICO.

*Ha de excluir la pluralidad de dioses.*

Despues de esto enseñará el maestro que no hay mas de un solo Dios, y que es imposible haber muchos dioses, por las razones que en la primera parte de nuestra *Introduccion* apuntámos (1).

Y dejadas á parte otras, bastará al presente sola esta: porque si hay, pongo por ejemplo, dos dioses diferentes entre sí, necesariamente ha de tener el uno de ellos alguna cosa con que se diferencie del otro. Pregunto pues: ó esta cosa es perfeccion, ó imperfeccion: si es imperfeccion, ya este no será Dios, porque en Dios no cabe imperfeccion; mas si fuere perfeccion, ya el que de ella carece no será Dios, pues carece de esa perfeccion, porque Dios es una cosa sumamente perfecta, en la cual ninguna perfeccion ha de faltar.

Verdad es que aunque no hay muchos dioses, hay muchos

(1) *Introd. al Simb. de la Fe, part. 1. cap. 3. y part. 5. cap. 2. trat. 1.*

ángeles que son unos espíritus altísimos, potentísimos y nobilísimos, que asisten delante de él y le glorifican, y por cuyo ministerio mueve él los cielos y gobierna este mundo. Mas estos llámense hijos adoptivos de Dios, mas no se llaman ni son dioses, porque este nombre de Dios es incomunicable, y á solo el Criador pertenece, y no á sus criaturas, por altísimas que sean; y de aquí se ocasionó el error de los gentiles que creían haber muchos dioses, atribuyendo á las criaturas el nombre incomunicable del Criador.

Otras ocasiones hubo tambien para el mismo error, que fueron ser los hombres tan groseros, que no creían haber en el mundo otra cosa sino la que se percibia por los sentidos corporales; no mirando que el ánima que tienen dentro de sí, es una sustancia nobilísima, la cual, como ya dijimos, por ninguno de los sentidos corporales se conoce. Y de aquí procedió que viendo estos hombres groseros la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas, y el provecho que de ellas recibían, les atribuían divinidad (1). Otros por lisonjear á sus reyes, mayormente si eran bien quistos, los hacían dioses: otros por consolarse en las muertes de sus hijos muy queridos, los deificaban, y decían que estaban en el cielo hechos dioses, y con este engaño, y con las fiestas y sacrificios que les hacían, se consolaban: otros por el grande amor que tenían á sí mismos, á cualquier cosa de que recibían algun notable provecho, atribuían divinidad: y así la atribuyeron á los que enseñaron á arar y estercolar los campos, y á los que inventaron la medicina, y á los bueyes, por el gran beneficio que se recibe de ellos. Pues qué mas diré? Otros llegaron á tan grande extremo de locura, que, como M. Antonio Sabel, refiere (2), adoraban los ajos y cebollas, por hallar este manjar muy fácil para los que poco tienen. Y esto permitió Dios por justo juicio, para que los que desampararon el verdadero Dios, viniesen á caer en errores tan horribles y monstruosos. Concluyamos pues, que así como en este mundo no hay mas de un sol que produce todas las cosas corporales, y en el reino un rey que tiene suprema jurisdiccion, de quien la tienen todos los inferiores que lo gobiernan, y en el hombre, que se llama mundo menor, no hay

(1) *Augustin. lib. 18. de Civit. Dei, et alibi sæpè.* (2) *M. Ant. Sabel. lib. de exemplis.*

mas que una ánima sola, que es principio y causa de todas las obras del hombre; así en este mundo no hay mas que un solo Dios, el cual es en este mundo mayor lo que es el ánima en el hombre, que se llama mundo menor. Porque como esta ánima, siendo una simple forma, es principio y causa de todas las obras del hombre, (porque ella es la que ve en los ojos, y oye en los oídos, y huele en las narices, y gusta en el paladar, y siente en todo el cuerpo, y ella misma es la que digiere el manjar en el estómago, y lo hace sangre en el hígado, y la reparte por las venas, y la que engendra los espíritus vitales y animales, y finalmente la que da vida, calor, sentido, y movimiento á todos los miembros del cuerpo) así nuestro grande Dios, siendo una simplicísima sustancia, es principio y causa universal de todas cuantas obras se hacen en este mundo, si no es del pecado.

Declarado pues por este medio como no hay en este mundo mas que un solo Dios, gobernador y señor de todo lo criado, proceda luego á declarar la otra verdad que de aquí se sigue, conviene saber, que este soberano rey y señor ha de ser amado, reverenciado y honrado sobre todas las cosas, así por la soberanía y grandeza de su majestad y señorío, como por los innumerables beneficios que de él recibimos, que son cuantas criaturas hay en este mundo, pues todas las crió él y deputó para el servicio y sustentacion de nuestra vida.

Esta razon convenció á todas las naciones del mundo, por bárbaras que eran, á entender que estaban obligadas á honrar y servir á este comun señor y dador de todos los bienes. Mas como no tenian lumbre del cielo que les enseñase de qué manera habia de ser este comun señor legítimamente honrado y venerado, vinieron á desvariar en diversas maneras de sectas, con que pretendian honrarlo con cosas indignas de su majestad y bondad. Porque como él sea sumamente bueno, ninguna cosa le agrada sino la virtud y santidad, y ninguna le ofende sino el vicio y la maldad. Pues como sea verdad que este Señor haya de ser santa y legítimamente venerado, síguese necesariamente que ha de haber alguna tal religion que sea digna de su bondad, y le sea agradable. Esta pues decimos que es la Religion cristiana; lo cual se declarará en el capítulo siguiente.

Estas tres verdades susodichas están probadas y declaradas en el primer tratado de este *Sumario*; y de ahí puede tomar

el maestro lo que mejor le pareciere, segun la capacidad del discípulo. Las cuales tres verdades son tan ciertas y averiguadas en la lumbre natural de la razon, que ningun hombre que la tenga, las podrá negar.

## CAPÍTULO V.

*Que sola la Fe y Religion cristiana es la cierta y la verdadera.*

Despues de estas tres verdades se sigue la cuarta; y esta es, que supuesto ya y probado que ha de haber alguna verdadera religion en el mundo con que Dios sea honrado, decimos que esta es la que profesa la Religion cristiana. Esta cuarta verdad se prueba en todo el segundo tratado de este *Sumario* (1), declarando que todas las condiciones y excelencias que ha de tener la verdadera religion se hallan en ella.

Entre estas condiciones y excelencias la primera es, que la verdadera religion con que Dios ha de ser legítima y santamente venerado, ha de ser revelada por el mismo Dios, para que sea cierta y verdadera. Porque si á su providencia pertenece proveer á todas las necesidades de sus criaturas, mucho mas debe proveer al hombre en las suyas, pues para servicio de él fueron ellas criadas; y entre las necesidades del hombre la mayor es saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios, porque de aquí pende todo el bien de su cuerpo, y mucho mas de su alma; y no era razon que faltase él en esta que es la mayor de sus necesidades. Porque si tantas diferencias de manjares crió para mantener el cuerpo, y tantas yerbas medicinales para curarlo, no habia de desamparar el ánima, que sin comparacion es mas noble que el cuerpo; y no era razon que dejase esto al entendimiento y discrecion del hombre, pues por la muchedumbre de sectas y falsas religiones que en el mundo ha habido, se ve claro cuán inhábil es su entendimiento para alcanzar esta verdad. Pues esto tuvo él por bien de revelarnos por el ministerio de los ángeles y de los profetas, los cuales fueron hombres santísimos, y como á tales damos crédito en las cosas que de parte de Dios nos denunciaron, como á órganos, y ministros, y embajadores suyos; á

(1) Desde el cap. 3.